

no era capaz de dirigir la fábrica, ni podía esperar de él el hijo deseado, no había por qué guardar consideraciones. Podía ya expresarle todo el desprecio, todo el disgusto con que le había tolerado durante tantos años.

Constancia disfrutó de una hora de alegría vengativa cuando pudo pintar a Beauchéne la repugnancia, las náuseas que siempre le había causado con su olor de disolución. Beauchéne tuvo miedo y se marchó a dormir separado de su mujer, asustado cuando Constancia le dijo que ya no le retenía más, que podía volver a su vida de crápula y de obscenidades, que quedaba libre para anegarse y arruinarse por completo. Aquello era el resultado lógico, la inevitable desorganización que se completaba, tras los fraudes exigidos por el egoísta orgullo del dinero; la úlcera del vicio tolerado a los apetitos mal satisfechos del marido; la caducidad lenta del hombre inteligente, del obrero caído en la crápula; era, en fin, el deshielo necesario después de la muerte del hijo único; la madre condenada a esterilidad perpetua; el padre arrojado por ella, rodando hasta el fondo del abismo... Y la vida continuaba...

II

Cuando Mateo empezó las averiguaciones, en cumplimiento de la promesa que hiciera a Constancia, lo primero que se le ocurrió, antes de consultar el caso con Beauchéne, fué dirigirse directamente al asilo de los «Enfants-Asistés». Si el niño cuya suerte iba averiguar, había muerto, como suponía, el asunto podía darse ya por termina-

do. Acordábase, felizmente, de todos los detalles, del doble nombre de Alejandro Honorato, de la fecha exacta del depósito, de todos los más insignificantes hechos del día en que acompañó a la Couteau en carruaje. Cuando fué recibido por el director del asilo y le hubo explicado el motivo verdadero de su investigación, revelándole su nombre, se vió sorprendido ante la siguiente contestación, pronta y clara: «Alejandro Honorato, dado a criar en Rougemont, en casa de la señora Loiseau, después de haber permanecido en dicha casa hasta la edad de doce años, hallábase desde hacia tres, en casa de un carretero, el señor Montoir, en Saint-Pierre, una aldehuela vecina, haciendo el aprendizaje». El niño vivía, pues, y contaba quince años. Esto es todo lo que pudo averiguar sin adquirir noticia alguna acerca de las condiciones físicas ni morales del muchacho. Ya en la calle, Mateo, algo aturdido, recordó que, en efecto, la Couteau le dijo cierta vez que el hijo de Beauchéne iba a ser enviado a Rougemont. Siempre le había creído, por lo tanto, muerto, llevado por la ráfaga devastadora que diezmará los recién nacidos en aquella aldea, cementerio de pequeños parisienses. Encontrar a aquel muchacho salvado de la mortandad, era una verdadera sorpresa, que causó a Mateo un vago temor de lejano peligro. Ya que el niño vivía y había además dónde encontrarle, creyó muy del caso, antes de seguir adelante en sus pesquisas, prevenir a Beauchéne. Lo que ocurría era grave y debía contar con la aquiescencia del padre. Hecha esta resolución, Mateo se dirigió inmediatamente a la fábrica, donde tuvo la suerte de encontrar a Beauchéne, por una verdadera casualidad. Encontróle áspero y de mal talante, sufriendo las molestias de una difícil digestión, lo cual

sucedía siempre que no podía salir después del almuerzo, aunque la verdad es que lo que más sentía era el no estar ya reunido con una cervera a la que dedicaba las tardes y que acababa de instalar en un cuartito amueblado.

—¡Ah, mi buen amigo!—dijo desperezándose, al ver entrar a Mateo,—decididamente la sangre se me va helando. Tengo necesidad de moverme mucho. Sin esto, pronto se acabaría todo.

Cuando Mateo le explicó claramente el objeto de su visita, el tranquilo burgués se quedó como quien ve visiones; tan extraordinario la pareció aquello que le contaban.

—¿Qué? ¿Qué dice usted? ¿Que mi mujer le ha hablado de ese hijo? ¿Que ella ha tenido la ocurrencia de querer que se le busque?

Su gruesa humanidad congestionada se descomponía, temblaba de cólera. Cuando supo la misión que Constancia encargara a Mateo, estalló:

—¡Está loca!. ¡Loca furiosa! Está visto: cada día inventa algo nuevo para torturarme y hacerme sufrir.

Mateo, tranquilamente, continuó diciendo:

—Vengo de los «Enfants-Asistés», donde he sabido que el niño vive. Tengo además las señas de su paradero... ahora usted dirá lo que hay que hacer.

Esto fué un golpe terrible. Beauchéne, en el colmo de la desesperación, levantó los brazos y cerró los puños, como amenazando a algún sér invisible o ausente.

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Pues nos hemos lucido!... Pero, ¡trueno de Dios! ¿Qué tiene ella que ver con ese niño? Si no es nada de ella, ¿por qué no nos deja en paz al niño y a mí? ¿Acaso se propone buscar a todos los hijos que yo he podido engendrar en este mundo? Y usted, dígame: ¿cree usted

correcto que mi mujer le haga correr detrás de ellos? Espero que no irá usted a traerme aquí a ese muchacho. ¿Qué haríamos con ese pequeño carretero? Vamos, le repito que está loca; pero de remate, furiosa.

Y así diciendo, se puso a recorrer la habitación a grandes pasos. De pronto paróse delante de Mateo, y exclamó:

—Va usted a hacerme un favor, querido; dígame a Constancia que el niño ha muerto.

Pero súbitamente palideció y enmudeció. Constancia estaba en el umbral de la puerta y había escuchado sus últimas palabras. Desde hacía algún tiempo recorría los despachos de la fábrica, sin hacer ruido, apareciendo como un fantasma por todas partes. Por un instante, ante el empujón de los dos hombres, quedó silenciosa. Después, sin mirar siquiera a su marido, preguntó:

—Vive, ¿no es eso?

Mateo no podía negar la verdad y contestó con un gesto afirmativo. Entonces Beauchéne, desesperado, intentó un último esfuerzo:

—Vamos, mi querida amiga, sé razonable. Yo le decía en este momento a Mateo que no sabemos lo que el muchacho puede ser en la actualidad. No creo que intentes perturbar nuestra existencia por un capricho.

Constancia le miraba fríamente; después, volviéndole la espalda, preguntó a Mateo el nombre del niño, el del carretero en cuya casa estaba, y el de la aldea en que vivían.

—¡Buena! Dice usted que se llama Alejandro Honorato y que está en casa del carretero Monier, en Saint-Pierre, cerca de Rougemont, en el Valvados... Pues bien, amigo mío, hágame el servicio de continuar sus pesquisas, procurando obtener noticias precisas acerca de las costumbres

y carácter de ese muchacho; pero sea prudente, no nombre usted a nadie. Y ahora, gracias anticipadas por todo.

Y se retiró sin dar explicación alguna acerca de sus proyectos, los cuales debían ser tan confusos, que quizá ella misma los ignorase. Beauchêne, ante aquel desprecio insultante, se había calmado. ¿A qué agriar su vida de egoísta goce, discutiendo con aquella loca? Y encogiéndose de hombros, dirigióse a coger su sombrero para marcharse a hacer compañía a la cervecera.

—Después de todo—dijo,—ella puede hacer lo que quiera. Si recoge al muchacho, allá ella. No seré yo quien cometa tan gran tontería. Obedézcala, querido—añadió dirigiéndose a Mateo.—Quizá así me dejará en paz. Conque, buenas tardes, tengo precisión de salir.

El primer pensamiento de Mateo fué marcharse a Rougemont y dirigirse a la Couteau, si es que la encontraba. Aquella mujer era discreta por la misma razón de su oficio, y en todo caso comprar su silencio, estaba listo. También proyectó el ir en busca de noticias a la calle de Mironesnil, a casa de la señora Bourdieu, pero se le ocurrió la idea de seguir otra pista que le pareció más segura. Después de pasar mucho tiempo sin ver a los Seguin, había reanudado con ellos las relaciones, en circunstancias muy particulares. En una de sus últimas visitas, había encontrado de nuevo en su casa a la antigua camarera Celeste, vuelta en gracia desde hacía algunos meses. Quizás por conducto de aquella llegaría directamente a la Couteau. Era toda una feliz aventura aquel nuevo lazo que unía a los Seguin con los Froment. Ambrosio, el menor de los dos gemelos, que iba a cumplir veintiún años, había entrado a los dieciocho en casa de un tío de

Seguin, Tomás Du Hordel, uno de los comisionistas en mercancías más ricos de París. Durante aquellos tres años, Du Hordel, de edad ya avanzada, robusto aún, dirigiendo su casa como en su primera juventud, había ido poniendo poco a poco una ternura creciente en aquel muchacho, en quien se adivinaba el genio del comercio. El comisionista no había tenido más que dos hijas, la una muerta en edad temprana, y la otra casada con un loco que se levantó la tapa de los sesos de un tiro, dejando a su esposa viuda y sin hijos. Así se explicaba el interés apasionado y ciego que Du Hordel sentía hacia el joven Ambrosio, a aquella maravilla que le había caído del cielo. Lo que más le había seducido de aquel muchacho era su extraordinario espíritu de empresa, las cuatro lenguas vivas que hablaba, la maestría evidente que demostraba en la dirección de una casa cuyo comercio se extendía a las cinco partes del mundo. Muy joven aún, era el más atrevido de todos sus hermanos. Los otros podían quizás ser mejores, pero él se distinguía por su audacia, comparable a la de un futuro conquistador. De ahí que en pocos meses se hubiese apoderado por completo del viejo Du Hordel, al igual que se apoderaría más tarde de todo lo que necesitara para meter a su fortuna. En aquellos días hubo una especie de reconciliación entre Seguin y su tío, el cual no había puesto los pies en el hotel de la avenida de Antin, desde que la demencia hacía allí de las suyas; por otra parte, la reconciliación aparente del tío y el sobrino, era debida a un programa que se mantuvo en el mayor secreto. Seguin, entrampado al presente, abandonado por Noé, que sentía acercarse la bancarrota, caído en las manos de mujeres voraces, acabó por cometer en las carreras de caballos una de esas indeli-

cadezas que en el mundo de las gentes honradas se llaman robo. Advertido de ello Du Hordel, había acudido a casa de su sobrino y había dado el dinero necesario para evitar el escándalo que se preparaba. El comerciante quedó trastornado ante la vista de aquel lodazal inmundo en que halló convertida la casa de Seguín. Su bondadoso corazón interesóse en seguida por su sobrimita Andrea, una deliciosa niña de dieciocho años, casadera ya. La presencia de aquel angel bastó para que Du Hordel volviera a visitar a sus parientes. Mientras tanto, Seguín seguía arrastrando su existencia fuera de su domicilio, y Valentina sufría una crisis espantosa, motivada por una nueva ruptura de relaciones con Santerre, el cual había decidido casarse con una dama vieja y rica, fin lógico de aquel explotador astuto de la mujer, de alma baja, tras la apariencia de literato pesimista y decadente. Desengañada ya de todo, sin ninguna esperanza, Valentina, a los cuarenta y tres años, acabó por dedicarse casi por completo a la religión, en la cual parecía haber encontrado consuelos casi inmediatos, en compañía de hombres discretos. Al igual de antes, desaparecía ahora también días enteros, creyéndose que los empleaba en colaborar activamente en la obra de propaganda católica que hacía el viejo conde de Navarede.

Gastón, el hermano de Andrea, había ingresado en la Escuela de Fontainebleau, sintiendo tal ardor por la carrera militar, que iba a seguir, que hablaba ya de permanecer soltero toda su vida, porque un militar, decía, no debe tener otro amor ni otra mujer legítima, que su espada. En cuanto a Lucía, a los diecinueve años había ingresado en las Ursulinas, donde debía tomar el velo, contenta de consumir el sacrificio de su cuerpo, cuyo

disgusto la enloquecía, en su exaltación de ser estéril, sin sexo alguno. En el gran hotel vacío, donde el padre, la madre, el hermano y la hermana habían partido, no quedaba más que la dulce y adorable Andrea, bajo la amenaza de las locuras que soplaban allí, en medio de tal angustia, que el tío Du Hordel concibió el proyecto de enlazar aquella desgraciada joven con Ambrosio, el futuro conquistador. Cuando la vuelta de Celeste a la casa, Du Hordel apresuró aquel proyecto de matrimonio. Desde que Valentina había tenido que despedir a su camarera, habían transcurrido ocho años, y durante este tiempo, Celeste, disgustada de servir, se había dedicado a diferentes oficios. Primero fué revendedora ambulante de canastillas baratas para las mujeres parturientas, lo cual le permitía introducirse en casa de las comadronas, haciéndose su confidente, la comisionista, la intermediaria en toda clase de asuntos; después estuvo empleada, a todo servicio, en cierta casa de compromisos, instalada clandestinamente, en compañía de la Couteau, que traía de Normandía, entre sus lotes de nodrizas, labradoras jóvenes, bonitas y complacientes. Desgraciadamente, en la casa ocurrieron algunos hechos que hicieron precisa la intervención de la policía, y Celeste tuvo que salvarse saltando por una ventana. Desde este percance había una laguna de dieciocho meses en la historia de Celeste, durante los cuales nada se sabía de ella. Por fin, se la volvió a encontrar en Rougemont, su país, enferma y miserable; poco a poco fué restableciéndose, pertrechándose de nuevo, gracias a la protección del cura, a quien su devoción extensa había conquistado. Entonces debió proyectar su vuelta a casa de los Seguín, puesta al corriente de lo que en ella ocurría por la Couteau, que había

mantenido sus relaciones con la señora Menoux, la pequeña mercera vecina. Al día siguiente de su ruptura con Santerre, Valentina, furiosa, había despedido a todos los criados. Celeste se presentó entonces a ella, tan sumisa, tan arrepentida, con aire tan devoto, grave y formal, que Valentina no pudo menos que conmoverse. Cuando la recordó su falta, Celeste se echó a llorar, jurando ante Dios que jamás volvería a dar motivo para ser reprendida, añadiendo que al presente confesaba y comulgaba; además, traía del cura de Rougemont un certificado en que se hacían constar su profunda piedad y buenas costumbres. Este certificado acabó de decidir a Valentina, la cual comprendió la ayuda preciosa que iba a tener en aquella joven; en su horror creciente de vivir sola, cansada de los trastornos de su casa, la compañía de Celeste había de serle de gran utilidad. Precisamente con todo esto había contado. Dos meses más tarde, favoreciendo ella misma aquella decisión, Lucía había sido llevada al convento. Gastón no iba por su casa más que en los días de asueto, y Andrea quedaba por lo tanto sola en aquel hotel, molestando, impidiendo con su presencia los actos de pillaje soñados por Celeste; así es que ésta era una de las más ardientes partidarias del matrimonio de la señorita.

Ambrosio, por su parte, había conquistado ya el amor de Andrea. Desde hacía un año la encontraba en casa de su tío Du Hordel, antes que ésta tuviera la idea de casarlos. Bien pronto la amistad trajo consigo otro afecto más dulce, y ambos jóvenes quedaron de acuerdo.

Andrea no era ya golpeada por su hermano; pero había sentido crecer el malestar de la familia destruída y se hacía perfecto cargo del peligro que la rodeaba, de manera que cuando su tío la

interrogó prudentemente sobre su casamiento con Ambrosio, se arrojó en sus brazos, conmovida por la gratitud. Valentina, al enterarse de lo que ocurría, aparentó alguna sorpresa. ¡Un hijo de los Froment!

¿Ellos, que les habían tomado Chantebled, querían también apoderarse de una de sus hijas? Pero, no encontrando razón alguna para oponerse a aquel proyectado enlace, acabó por dar su consentimiento. Nunca había amado a Andrea, de la cual decía que se asemejaba a su nodriza la Catiche, y, por otra parte, Celeste, aparentando tomar la defensa de la joven, la indisponía de continuo con su madre, haciendo que ésta desease más y más la celebración del matrimonio, para desembarazarse por completo de aquella carga y entregarse enteramente a sus pasiones. Du Hordel, después de haber conversado largamente con Mateo, asegurándose de su consentimiento, no tenía más que asegurarse del de Seguín para que se fijase la fecha de la unión. Pero no era cosa tan fácil el encontrar al padre de Andrea en las condiciones convenientes, pasándose en su consecuencia algunas semanas sin lograrlo. Un día en que Mateo pasaba por la avenida de Antín, tuvo la idea de entrar en el hotel, deseoso de saber si había reaparecido Seguín, que había partido bruscamente dirigiéndose a Italia, según se decía, y como se encontraba solo con Celeste, le pareció excelente aquella coyuntura para preguntar por la Couteau, diciendo a la camarera que tenía un amigo que iba buscando una nueva nodriza.

Después se excusó de poder acompañarle.

—Estoy sola en la casa. Del señor no hay noticias; la señora se halla presidiendo una sesión de la Obra, y la señorita Andrea acaba de salir con su tío para dar un paseo.

Mateo se apresuró a trasladarse a casa de la señora Menoux. Desde lejos, en el umbral de la tienda, percibió a la mercera, encogida ya por la edad, flaca y con el rostro afilado como la hoja de un cuchillo. Era la misma mujer altiva de siempre, emperrada en vender sus tres sueldos de hilo y sus tres sueldos de agujas, sin hacer jamás fortuna, pero contenta con añadir cada mes sus ganancias a los emolumentos de su marido, para tenerlo contento. El reumatismo que sufría aquel buen mozo iba a obligarle a dejar su plaza en el Museo, y ¿qué harían ellos con algunos centenares de francos, por la pensión del retiro, si ella no continuaba su comercio? No habían tenido suerte, la muerte de su primer hijo, el nacimiento tardío del segundo, les había arruinado; tanto, que la mercera se había decidido a que la devolvieran su hijo, por no poder atender a los gastos que aquel cuidado ocasionaba. Mateo la encontró, pues, con la emoción afanosa de la espera, dirigiendo miradas investigadoras a lo lejos.

—¿Con que le envía la Celeste? ¿Y busca a la Couteau? Pues no ha llegado todavía, pero debe llegar de un momento a otro. Ya no me extraña su tardanza. Si quiere tomarse la molestia de entrar y sentarse...

Mateo rehusó la única silla que obstruía el estrecho pasillo, en el cual, apenas si podrían estar de pie tres personas. Detrás de un tabique con vidrieras, se veía la pieza oscura en la cual vivía el matrimonio, y la cual servía a la vez de cocina, comedor y alcoba, no recibiendo más aire que el que entraba por un patio húmedo, parecido a un atabe de cloaca.

—Ya ve usted, señor, cuán pequeña es nuestra habitación; pero no pagamos por ella más que ochocientos francos, y por este precio, ¿dónde en-

contraríamos una tienda? Esto sin contar que desde hace veinte años toda mi clientela está en este barrio. Después de todo, yo no soy gruesa y hay suficiente espacio para mí, y como mi marido sólo viene por las noches... Es lo bastante razonable para no pedir más; pero lo que es con mi hijo, esto se hará imposible.

El recuerdo del primer niño acudió a su mente llenándola los ojos de lágrimas.

—Mire usted, señor, hace ya de esto diez años, y todavía me parece ver a la Couteau traerme ahora el otro. Se me contaban muchas historias; el buen aire de Rougemont y los cuidados de la nodriza, me decidieron a dejar allí mi hijo hasta los cinco años. Además, aquí no tenía sitio para él. Los regalos que hice a la nodriza, el dinero que me costaba aquella criatura... no puede usted formarse una idea aproximada de ello; era nuestra ruina. Después... ¡oh! casi no tuve tiempo de hacerle venir. Se me devolvió mi hijo tan flacucho, tan enteco, tan débil, que parecía que en toda su vida hubiese comido pan. Dos meses más tarde el pobrecillo había muerto. Como si esto fuera poco, mi marido ha sufrido una larga enfermedad, ¡ah! yo creo que si no fuese por el mutuo cariño que nos profesamos, nos hubiéramos tirado los dos al río.

Enjugándose los ojos, salió la mercera a la puerta de su tienda, lanzó de nuevo una mirada ansiosa hacia la avenida y entró diciendo:

—Ya comprenderá usted, con lo que le llevo dicho, la emoción que sentimos cuando hace dos años di a luz otro muchacho, a los treinta y siete cumplidos. Nos volvimos locos de alegría, como jóvenes recién casados; pero después, el disgusto y las dificultades de siempre: enviarle a criar fuera, por no poder tenerle con nosotros,

A pesar de habernos jurado que no lo enviaríamos a Rougemont, acabamos por hacernos la reflexión de que aquel lugar ya nos era conocido y vale más malo conocido... Sólo que lo he puesto en casa de la Vimeux; no quiero oír hablar de la Loiseau, que me devolvió a Pedro moribundo. Además, esta vez, cuando mi hijo ha tenido dos años, no he querido oír las palabras de nadie, y he dicho que me lo traigan, aunque a la verdad, aún no sé dónde voy a alojarle. Ya estoy esperando desde hace una hora, y empiezo a temblar; tanto miedo tengo siempre a alguna desgracia imprevista.

La infeliz no podía permanecer en la tienda, nerviosa por la tardanza de su hijo. Nuevamente salió a la puerta y allí se quedó con el cuello estirado y los ojos fijos allá abajo, en la entrada de la calle. De pronto lanzó un grito penetrante:

—¡Ah! ¡Ah! vienen!

Poco después entraba en la tienda la Couteau, con paso lento y fatigado, poniendo el niño que llevaba, en brazos de la señora Menoux.

—Le respondo—dijo,—que su Jorge tiene su peso. No dirá usted que se lo devuelvo hecho un esqueleto.

Temblorosa, desfallecida, la madre había tenido que sentarse, poniendo al pequeño sobre sus rodillas, besándolo, examinándolo afanosa por ver si estaba robusto, por adivinar si viviría. El muchacho tenía una cara ancha, pálida, y parecía fuerte. Sin embargo, cuando la mercera lo hubo desnudado, encontró con que tenía los brazos y piernas pequeñas y delgadas y el vientre duro.

—¡Tiene el vientre hinchado!—exclamó asaltada por un nuevo temor.

—¡Quéjese usted todavía!—gritó la Couteau.—El otro estaba demasiado flaco; éste va a par-

erle demasiado gordo. ¡Siempre lo mismo! Nunca quedan las madres contentas.

Al primer golpe de vista, Mateo había adivinado que el pobre muchacho había estado siempre alimentado con sopas, atracado, por economía, de pan y de agua, de lo cual habían de provenir forzosamente desarreglos y relajaciones del estómago. Delante de aquel pobre sér surgió en su imaginación el recuerdo del espantoso Rougemont con su cotidiana mortandad de inocentes; la Loiseau, con su suciedad repugnante; la Vimeux, no comprando jamás una gota de leche, recogiendo las cortezas de pan, haciendo pasta de salvado para las criaturas pensionistas, como para los cerdos; la Lavette, siempre en el campo, confiando las criaturas a un viejo paralítico, que dejaba de vez en cuando caer una en el fuego; la Gaudeois, que se contentaba con atar a los pequeños en sus cunas, no teniendo a nadie para vigilarlas, abandonándolos en compañía de las gallinas, cuya banda encantaba a picarles los ojos, comidos por las moscas. La Muerte pasaba, los asesinatos se consumaban a la masa, las puertas abiertas, mostrando una fila de cunas, a fin de hacer más pronto sitio para las nuevas remesas de París... Y sin embargo, no todas aquellas criaturas morían, puesto que el hijo de la mercera volvía, aunque en estos casos, llevando en sí un poco de la muerte de allá abajo.

—No puedo más, me siento—dijo la Couteau, instalándose en el estrecho banquillo, detrás del mostrador.—¡Ah! qué oficio! ¡Y pensar que se nos recibe siempre mal, como si fuéramos seres sin corazón y sin conciencia!...

La corredora de nodrizas se hallaba también decaída marchita, pero había conservado sus ojos vivos y aguzados, de una crueldad rabiosa. Sin duda la vida se iba haciendo para ella más peno-

sa cada día, pues continuó con sus lamentaciones, quejándose de su oficio, de la avaricia creciente de los padres, de las exigencias de la administración, de la guerra que en todas partes se hacía a las corredoras. Era un oficio perdido y necesario era también que ella estuviese abandonada de Dios para verse obligada a continuarlo a los cuarenta y cinco años, sin haber podido ahorrar todavía un sueldo.

—Y dejaré la piel, sin encontrar más que poco dinero y malas palabras. Ya ve usted si esto es injusto. Le traigo un niño, robusto, sano y gordo, y todavía no está usted contenta... ¡Verdaderamente tengo motivos para...! Quizá con sus quejas y lamentos no se proponía otra cosa que sacar a la señora Menoux el mejor regalo posible. La mercera estaba desazonada. El niño había salido de su somnolencia y habíase puesto a llorar muy fuerte; se le hizo beber un poco de leche templada, y cuando quedó arreglada la cuenta, calmóse la corredora, viendo que le daban diez francos de propina. Después, como se dispusiera a despedirse, díjola la mercera:

—El señor la esperaba a usted para un asunto. La Couteau reconoció perfectamente a Mateo, a pesar de no haberle visto en los dos años últimamente transcurridos. Pero no se había dirigido a él, porque creyó del caso guardar una absoluta discreción; así es que se contentó con decir:

—Si el señor quiere explicarme lo que desea, es-toy a sus órdenes.

—La acompañaré a usted—dijo Mateo;—por el camino hablaremos.

—Mejor que mejor, pues justamente llevo algo de prisa.

Fuera ya de la tienda, Mateo resolvió no usar con la corredora de fingimientos ni ardidés de nin-

guna clase. Lo mejor era explicarla claramente su deseo y pagar luego el silencio de la Couteau. Esta, a las primeras palabras, comprendió de lo que se trataba. Se acordaba perfectamente del hijo de Norina, a pesar de que en el lapso de tiempo transcurrido, había llevado docenas de criaturas a los «Enfants-Asistés». Por otra parte, al niño de que se trataba, lo había encontrado en Rougemont y se acordaba también de que su amiga la enfermera había ido a colocarse en casa de la Loissau. Sin embargo, no se había ocupado más de aquella criatura, y la creía muerta, como tantas otras. Cuando oyó hablar a Mateo del lugarejo de Saint-Pierre, del carretero Montoir y de aquel Alejandro Honorato, se mostró muy sorprendida.

—¡Ah, señor! Debe usted engañarse. Conozco muy bien a Montoir y sé que tiene, en efecto, un muchacho de la administración, de la edad que dice usted; pero viene de casa la Caudeois y se trata de un gran muchacho, rojo, llamado Ricardo. Yo he sabido quién era su madre, y por cierto que usted la conoce; es la inglesa, aquella Amy que se encontraba en casa de la señora Bourdieu, a la cual ha ido ya tres veces... Aquel muchacho coloradote no es seguramente el hijo de Norina; aquel era moreno.

—Entonces—dijo Mateo,—es que hay otro aprendiz en casa del carretero de Saint-Pierre. Mis noticias son precisas y de origen fidedigno.

La Couteau, perpleja, acabó por rendirse.

—Es muy posible que sea lo que usted dice. El taller de Montoir es de alguna importancia, y nada de particular tiene que hubiese en él dos aprendices. En fin, ¿qué desea usted de mí?

Francamente, y con gran claridad, Mateo dió cuenta a la Couteau de su misión, pidiéndola que

tomara acerca del muchacho las noticias más completas posible, sobre su salud, conducta, carácter, en una palabra, una información completa, añadiendo que, sobre todo, las pesquisas debían verificarse sin que nadie sospechase, en el mayor secreto.

—Todo eso es fácil y puede usted confiar en mí. Necesitaré algún tiempo. Lo mejor será que le lleve de una vez el resultado de mis averiguaciones, y esto puede ser dentro de quince días, en mi próximo viaje a París. Si quiere, me encontrará usted, pues, dentro de quince días, a las dos de la tarde, en el despacho de la casa Broquette, calle Roquepin. Allí estoy como en mi casa y podremos hablar con entera confianza.

Algunos días más tarde, hallándose Mateo en la fábrica, fué llamado por Constanca, la cual le interrogó, tan directamente, que hubo de informarle de lo que había hecho respecto a las pesquisas que le había encargado. Cuando se enteró de la cita dada por la Couteau a Mateo, díjole resueltamente:

—Venga usted a buscarme; quiero interrogar yo misma a esa mujer... Necesito una pronta certeza,

*
* *

La casa Broquette, después de quince años, continuaba lo mismo, con la única diferencia de que habiendo muerto la señora Broquette, habíala sucedido su hija Herminia. De momento, la pérdida brusca de aquella dama rubia, cuya digna figura venía a ser la muestra decorativa, moral y burguesa del establecimiento, había parecido sensible; pero resultó que Herminia, henchida de novelas, paseando con aire y languidez su virgi-

dad insulsa y desabrida, en medio del desbordamiento de leche de las nodrizas, era también de una representación distinguida, agradable y adulatora para la clientela. Con treinta años ya, permanecía aún soltera, sin deseos, como disgustada de todas aquellas jóvenes de abultados y repletos pechos con los brazos cargados de niños llorones. Por otra parte, el señor Broquette, a pesar de sus sesenta y cinco años, seguía siendo el alma secreta de la casa, siempre vigilante, instruyendo a las nodrizas nuevas y a las antiguas, viviendo en continuo trote por los tres pisos del vasto y obscuro hotel de pupilaje. La Couteau esperaba a Mateo en el portal. Al ver a Constanca, a quien no había visto jamás, ni conocía, quedó sorprendida. ¿Quién era aquella dama, y qué tenía que ver en el asunto? No obstante, apagó en seguida la llama de curiosidad que había aparecido en sus ojos, y como Herminia, con una distinción negligente, ocupaba el despacho, donde desfardaba una remesa de nodrizas, delante de dos señores, la corredora hizo entrar a los visitantes en el comedor, a la sazón vacío, y donde se respiraba un insuportable hedor de bazofia.

—Dispénsenme ustedes, señor y señora, de que les haga entrar aquí. No hay un solo rincón vacío. La casa está que rebosa.

Después paseó su penetrante mirada de Mateo a Constanca, esperando ser interrogada.

—Puede usted hablar con entera libertad—dijo Mateo,—¿ha hecho usted las averiguaciones que le encargué?

—Por completo, señor; todo está hecho, y bien hecho.

—Entonces, díganos el resultado. Le repito que puede usted hablar delante de la señora.

—Pues bien: no seré muy extensa. Estaba us-

ted en lo cierto: había dos aprendices en casa del carretero de Saint-Pierre, y uno de ellos era Alejandro Honorato, el hijo de aquella linda rubia que condujimos juntos a los «Enfants-Asistés». Se encontraba allí desde hacía dos meses apenas, después de haber ensayado otros tres o cuatro oficios. Sólo que, lo mismo que en todas partes, ha hecho en casa del carretero, de la cual hace tres semanas que se largó...

Constancia la interrumpió, no pudiendo reprimir un grito de inquietud.

—¿Cómo! ¿Se ha marchado?

—Sí, señora; ha desaparecido, y esta vez seguramente que se habrá apresurado a abandonar el país, pues el pájaro voló llevándose en el pico trescientos francos de su patrón, el señor Montoir.

Su débil voz sonó seca, como un golpe de braca. Aunque no comprendía el por qué de la brusca palidez, de la emoción desesperada de aquella dama, parecía gozar cruelmente con su tormento.

—¿Está usted segura de sus informes?—preguntó al fin Constancia.—Quizá todo eso no sean más que chismes de aldea.

—¿Chismes, dice usted, señora? ¡Ah! no. Cuando yo acepto el ocuparme de un asunto, soy muy formal. He visto a los gendarmes, que han dado una batida por toda la comarca, sin resultado. Alejandro Honorato no ha dejado su dirección, al largarse con los trescientos francos; seguramente todavía corre. Y ahora me dejaría cortar una mano, si no fuera verdad todo lo que le digo.

Aquello era indudablemente para Constancia un golpe terrible. Aquel niño que creía haber encontrado, con quien soñaba, en el cual fundaba todos sus proyectos de desquite, inconfesados todavía, se le escapaba de las manos, desaparecía sin de-

ni rastro alguno. Quedó completamente trastornado. Aquello ya era demasiado; parecía que el destino se empeñaba en burlarse continuamente de ella. Sin embargo, continuó el interrogatorio:

—Y no ha visto usted más que a los gendarmes, cuando se le había encargado interrogar a todo el mundo?

—Esto, precisamente, es lo que he hecho, señora. He visto al carretero y a los otros patronos cuyas casas había trabajado el muchacho. Todos me han dicho lo mismo: que no valía gran cosa. El carretero dice que es embustero y brutal; en fin, ya saben ustedes el epílogo: ladrón. ¿Qué quiere usted? No puedo decir más que lo que he oído, toda vez que es la verdad lo que me exigió usted.

Y la Couteau insistía, remachaba el clavo, viniendo a aumentar el sufrimiento de Constancia, aquel sufrimiento extraño que causaba en el corazón de la Beauchéne el mismo efecto que si el muchacho de quien se trataba, en vez de ser fruto de una infidelidad de su marido, fuera carne de su propia carne.

—Gracias—dijo por fin, para que callase ya la corredora.—El niño no está ya en Rougemont. Es lo que deseábamos saber.

Entonces la Couteau se volvió hacia Mateo, continuando su interminable charla, queriendo darle todos los pormenores posibles acerca de su gestión, con objeto de que la recompensa fuese mayor.

—También he hecho charlar al otro aprendiz, el hijo de la inglesa, aquel muchachote rojo de quien ya le hablé. Otro a quien no daría la comunión ni previa confesión general. De un modo cierto no sabe hacia dónde habrá emprendido el

vuelo su camarada. Los gendarmes dicen que Alejandro está en París.

Mateo dió las gracias a la corredora por sus gestiones y la puso en la mano un billete de cincuenta francos, dejándola muda, sonriente, obsesiva y más callada que una tumba, según su expresión favorita. Y como entrasen dos robustas nodrizas, ostentando sus nenes, y se oyera al señor Broquette lavar furiosamente en la cocina con un cepillo las manos de otra, para enseñarla cómo debía quitarse la roña natal, se apresuró a salir de la casa, seguido por Constanca, que iba con el corazón oprimido y el estómago revuelto. Ya en la calle, la Beauchéne se detuvo pensativa, preocupada por las últimas palabras que dijera la Couteau.

—Ya lo ha oído usted—dijo;—ese desgraciado muchacho debe estar en París.

—Es probable—contestó Mateo,—todos vienen a parar aquí.

Constancia tornó a caer en el silencio; parecía reflexionar, dudar. Por fin se decidió a decir con voz algo temblorosa:

—¿Y la madre, amigo mío? ¿Sabe usted dónde vive? ¿No me ha dicho usted que se había ocupado de ella?

—En efecto.

—Entonces, escúcheme usted, y sobre todo, no se asombre; compadézcame usted, porque puede creer que sufro mucho. Me atormenta una idea. Imagino que, si el niño está en París, ha podido encontrar a su madre y está quizá en su casa, o, al menos, ella sabe dónde se aloja. No me diga usted que es imposible. Esa palabra debería borrarse del diccionario.

Sorprendido, emocionado de verla ceder a tales pensamientos, Mateo no pudo negarse a la nueva

preferencia y prometió enterarse. A pesar de ello, Constanca no subió aún a su carruaje, y quedó reflexionando nuevamente. De pronto alzó los ojos y dijo con acento suplicante:

—¿Sabe usted lo que podíamos hacer? Perdóname usted; es un nuevo servicio que jamás olvidaría. Yo quisiera calmarme en seguida, sabiendo lo que deseo. Vamos a casa de esa joven. ¡Oh! yo no subiré; subiré solo, mientras yo le espero en el carruaje en la esquina. Quizá obtendremos noticias.

Aquello era una locura. Mateo experimentó desde luego la necesidad de demostrárselo. Después, la vió tan conmovida, tan dolorosamente impresionada, que consintió sin objetar una sola palabra, con un gesto de piadosa complacencia. Subieron en el carruaje y partieron. La vasta cámara en la que Norina y Cecilia habían instalado su común menaje, estaba en Grenelle, al extremo de la calle de la Federación, cerca del Campo de Marte. Allí estaban las dos hermanas desde hacía seis años próximamente; allí habían sufrido en los comienzos muchas penalidades y miserias; pero el niño que tenían para criar, para salvar, había las salvado a ellas mismas. La madre, que dormía en Norina, se había despertado apasionadamente por aquel pequeño sér, desde que le había dado su seno, haciéndolo carne de su carne y sangre de su sangre. En cuanto a Cecilia, en su decepción de virgen para siempre estéril, había adoptado también a aquella criatura, mirándola como cosa suya, así es que el niño tenía dos madres, ocupadas únicamente de él y viviendo sólo para él. Si Norina, en los primeros meses, se había aburrido a menudo, por pasar sus días confeccionando cajitas; si algunas veces la había asaltado la idea de huir del trabajo y de la miseria, había

sido retenida siempre por los débiles bracitos que se anudaban a su cuello. Al presente se hallaba ya conformada, razonable, trabajadora y adiestrada en los ligeros trabajos de cartón que Cecilia le había enseñado. Y era preciso verlas a las dos muy unidas, alegres, viviendo sin hombre alguno, como en un convento, sentadas desde la mañana hasta la noche a los lados de la mesita, con el querido pequeñuelo entre ambas, resignadas y tranquilas, con el solo deseo de vivir, trabajar y ser felices.

No habían hecho otra amistad que una, la de la señora Angelín, precisamente por ser esta dama delegada de la Asistencia pública de un barrio de Grenelle y contar, entre las pensionadas que debía inspeccionar a Norina. La Angelín, enternecida ante aquel tranquilo hogar de dos madres, como ella llamaba a las dos hermanas, había resuelto mantener la pequeña renta de treinta francos mensuales, durante tres años, para el niño. Después había obtenido para él la asistencia escolar, sin contar los continuos regalos que les llevaba en efectos, ropas y dineros, sumas algunas veces bastante considerables que recolectaba entre las personas caritativas fuera de la Administración, y que ella distribuía también entre las madres más pobres y beneméritas. Todavía al presente iba allí algunas veces, pues la agradaba pasar una hora de cuando en cuando, en aquel rincón de tranquilo trabajo, divertido por las risas y los juegos del niño. Ella estaba allí lejos del mundo y encontraba un consuelo al dolor de su maternidad destruida, mientras Norina, agradecida, la besaba las manos y la repetía que sin ella jamás hubiera podido vivir la familia de las dos madres. Cuando Mateo se presentó, hubo exclamaciones de alegría, ya que era también un amigo, un salvador, que, al-

quilando y amueblando la vasta cámara, había dado aquel hogar y aquella familia. La habitación estaba muy coqueta y curiosamente dispuesta y era además muy alegre. Norina y Cecilia trabajaban ante su mesita, y el pequeñuelo, que acababa de llegar de la escuela, sentado entre las dos, en una silla alta, manejaba alegremente unas tijeras, creyendo que las ayudaba en su trabajo.

—¡Ah! ¿es usted? ¡Qué bueno es por venir a vernos! Hace cinco días que no ha venido nadie. ¡Oh! No crea usted que nos quejamos por eso; estamos muy contentas de vivir solas. Desde que firma se ha casado con un empleado, parece que nos desdeña y no nos visita; la pobre Eufrosia no puede ya ni bajar su escalera; Víctor vive endiablado con su mujer, y en cuanto a ese bribón de Alfredo, no sube aquí más que para ver si encuentra algo que llevarse consigo. Mamá vino hace cinco días a decirnos que papá había muerto la víspera en la fábrica. ¡Pobre mamá! Muy pronto le va a ser imposible dar un solo paso. Mientras hablaban las dos a la vez, cortándose mutuamente la palabra, volviéndola a tomar para terminar la frase. Mateo miraba a Norina, la cual, gracias a aquella vida regular y tranquila, había recobrado a los treinta y seis años, una frescura reposada, una plena madurez de fruto dorado al sol. Hasta en Cecilia se conocía la benéfica influencia de aquel género de vida. La virgen perpetua lanzó de pronto una exclamación de terror: —¡Se ha herido el desgraciado!

Y arrancó las tijeras de manos del pequeño, el cual, con una gota de sangre en la yema de un dedo, reía.

—¡Ay, Dios mío!—repuso Norina palideciendo, creía que se había cortado la mano.

Por un instante Mateo se preguntó si debía cum-

plir hasta el fin de su misión. Después parecióle muy oportuno prevenir al menos a la joven, y procedió en su consecuencia prudentemente, explicando el objeto de su visita poco a poco, midiendo las palabras. Sin embargo, llegó un momento en que, después de recordar a Norina el nacimiento de Alejandro Honorato, hubo de decirle que el niño vivía. La madre le miró con ojos espantados.

— ¡Vive, vive! ¡Oh! pero, ¿por qué me lo dice usted? ¡Estaba tan tranquila ignorándolo!

— Sin duda, pero es preferible que lo sepa usted. Se me ha asegurado que el muchacho está en París, y pensé que quizá la habría encontrado a usted, o venido a verla.

Entonces Norina se puso furiosa.

— ¡Cómo, venir a verme!... No; no ha ocurrido, pero, ¿piensa usted que podría venir? ¡Oh! Yo me vuelvo loca. Un muchacho de quince años, a quien no conozco, a quien no quiero... ¡Ah, no, no impídalo. No quiero que eso suceda.

Y deshecha en un mar de lágrimas, había cogido al pequeño y le estrechaba fuertemente contra su pecho, como queriendo defenderle del otro, del desconocido, del extraño, cuya resurrección amenazaba robarle un poco de su sitio.

— ¡No, no! — continuó diciendo. — Yo no tengo más que un hijo; no amo más que a éste; al otro, jamás.

Muy emocionada también, Cecilia se había levantado de su asiento, tratando de hacer razonable a su hermana. Si Alejandro iba a aquella casa, ¿cómo ponerle en la calle? Y lloraba, al mismo tiempo que decía esto, pensando lo mismo que Norina. Fué preciso que Mateo consolara a las dos, jurándolas que la visita que tanto temían era muy improbable. Sin contarlas la verdadera historia del muchacho, las refirió su desaparición y la igno-

rancia en que debía estar acerca de quién fuera su madre. Cuando se marchó, las dos hermanas quedaron más aliviadas, continuando su interrumpida tarea y mirando a su galopín, a quien habían devuelto las tijeras, a fin de que se entretuviera y no las distrajesen de su trabajo. En la esquina de la calle, Constanacia, asomada a la ventanilla de su carruaje, acechaba la llegada de Mateo.

— ¿Y bien? — preguntó temblorosa, en cuanto aquél estuvo cerca de ella. — ¿Qué noticias trae usted?

— Lo que ya sospechaba; la madre no sabe nada, no ha visto a nadie y está en la más completa ignorancia.

Constancia encorvó las espaldas como bajo un peso supremo, mientras que su pálida faz se descomponía.

— ¡Oh! Tenía usted razón.

Y con un gesto de abatimiento, añadió:

— Ahora todo acabó. En mis manos se quiebra todo; mi última esperanza ha muerto.

Mateo esperaba que diera una dirección para transmitirle al cochero; pero la Beauchéne permanecía callada, ensimismada, como si ella misma no supiera dónde estaba ni a dónde iba. Al fin, Constanacia preguntó a Mateo si quería que el carruaje le llevase a alguna parte, y como aquél contestase que se dirigía a casa de Seguín, tuvo la idea de hacer una visita a Valentina, por temor de encontrarse de pronto sola, y además porque no había visto desde hacía tiempo a su amiga.

— Suba usted, pues; iremos juntos a la avenida de Antín.

El carruaje partió y durante el trayecto no se pronunció una sola palabra. Sin embargo, al llegar al hotel, dijo Constanacia amargamente:

— Déle usted a mi marido la buena noticia. Dí-

gale, anúnciele que su hijo ha desaparecido. ¡Ah! ¡qué alivio sentirá!

Al ir a casa de Seguín, Mateo esperaba encontrar reunida allí a toda la familia. Seguín había regresado ocho días antes de no se sabía dónde, y la petición oficial de la mano de Andrea se había podido hacer por fin, habiéndose mostrado el padre encantado y muy contento, después de una entrevista con su tío Du Hordel. Habíase también fijado en seguida la fecha del casamiento, aplazándolo hasta mayo, porque en esta época los Froment debían casar a Rosa, su hija primogénita. Aquello resultaría delicioso. Se celebrarían las dos bodas el mismo día, en Chantebled. Desde aquel momento, Ambrosio, aceptado ya como novio oficial, contento y feliz, pudo ir todas las tardes hasta las cinco a pelar la pava con su prometida. Por esto Mateo contaba con encontrar allí a toda la familia.

Sin embargo, cuando Constanca preguntó por Valentina, un criado dijo que la señora había salido, y cuando Mateo preguntó por Seguín, el criado contestó que no estaba en casa. No había en ella más que la señorita Andrea con su prometido. Los dos visitantes subieron.

—¿Cómo se les deja a los dos solos?—gritó Mateo al ver a los dos jóvenes sentados muy juntitos sobre un estrecho canapé, al fondo de la vasta sala del primer piso.

—Sí, estamos completamente solos en la casa—contestó Andrea con alegre risa,—y estamos muy contentos por cierto.

Estaban adorables, estrechados el uno contra el otro, ella muy dulce, muy tierna, él con el encanto del hombre fuerte y enamorado. Placenteramente se habían dado el brazo quedando así,

como si fuesen a hacer un largo viaje cogidos del brazo.

—Al menos estará por ahí Celeste.

—No; ni Celeste. Ha desaparecido y no sabemos por dónde anda.

—Pero, en fin, ¿qué hacen ustedes ahí, tan a solas?

—¡Oh! ¡Tenemos tantas cosas que hacer! Primeramente nos miramos, hablamos, y... vuelta a empezar. Jamás quisiéramos ver llegar el fin.

Constancia les miraba, sintiendo que su corazón iba sangrando. ¡Cuánta salud y cuánta esperanza! En tanto que en su casa, el viento de la esterilidad lo había arrasado y destruido todo, aquella fecunda raza de los Froment, ¿popularía, seguida extendiéndose siempre? Aquello era una nueva conquista; los dos jóvenes unidos por la suerte y libres de amarse, solos ahora en aquel lujoso hotel de que mañana serían los dueños...

—¿No casá usted también a su hija primogénita?—preguntó por fin.

—Sí, a Rosa—respondió alegremente Mateo.— En mayo habrá doble fiesta en Chantebled. Es preciso que asistan todos ustedes.

Era siempre la fuerza del número, la victoria de la vida. Chantebled conquistado a los Seguín; su hotel invadido muy pronto por Ambrosio; la fábrica medio caída en manos de Blas...

—Iremos—dijo temblorosa.—Que su buena suerte continúe, es lo que a todos les deseo.